

del gobierno y los magnates
 que hasta en el fondo sombrío
 de los claustros sepulcrales
 ocultaron sus familias
 y riquezas incontables;
 mas aviesa la fortuna
 dispuso que se alejasen
 de la gran Tenoxtitlán
 los insurrectos triunfantes,
 mandándole un ¡adiós!
 á la reina de aquel valle
 que tiene por centinelas
 dos magestuosos volcanes,
 retrocedieron después
 de opinar sus capitanes
 unos en contra ó en pro
 de movimiento tan grave.
 Una década terrible
 de luchas y heroicidades
 pasaría para volver
 á derramarse en el valle
 del sol de la libertad
 las divinas claridades.
 En tanto, tétricas nubes,
 rojos vapores de sangre,
 entoldarian con su sombra
 los templos y los alcázares
 de la cautiva beldad
 señora de las ciudades
 que se alzan del Septentrión
 á los altísimos Andes.

VIII

LA BATALLA DE ACULCO.

I

Desandando las montañas,
 repasando los senderos
 que escalaran como cóndores
 los caudillos insurrectos
 descienden por el camino
 que formando vericuetos
 conduce desde Toluca
 á la ciudad de Querétaro.
 Después de cuatro jornadas
 distinguen allá á lo lejos
 el cuadro triste y sombrío
 de un melancólico pueblo.
 Es Aculco (San Jerónimo)
 que al pie de estériles cerros
 indolente desparrama
 sus jacals cenicientos.
 Hacen alto los indianos;
 y los últimos reflejos
 van del sol á jugar
 sobre el ancho campamento.
 Negras sombras poco á poco
 de los montes van cayendo
 y en sus mortajas y pliegues
 el paisaje queda envuelto.
 Sólo las tristes hogueras
 con su rojo parpadeo
 iluminan la montaña
 como cráteres sangrientos.

II

Mas allá, tras un recodo,
 y á las espaldas del pueblo

los realistas vivaquean
 confiados, somnolientos;
 en pabellones descansan
 los fusiles, y no lejos
 de Arroyozarco las trojes
 se levantan como espectros.
 Calleja se halla en persona
 al frente de aquel ejército
 con potente artillería
 y magníficos pertrechos.
 Sus avanzadas recorren
 olfateando cual sabuesos
 la maleza y los peñascos
 de aquél paraje desierto.
 Así discurren las horas
 y del alba al reverbero
 se miran cinco columnas
 de guerrreadores iberos.
 Como manga de tormenta
 dirigen hasta los cerros
 donde Allende los recibe
 con cataratas de hierro;
 retroceden, y formando
 línea candente de acero
 sobre los indios disparan
 sus relámpagos y truenos.
 Pronto Calleja dispone
 terrible, audaz movimiento
 que con furia va á envolver
 la espalda del insurrecto.
 Los indígenas se aturden
 y sin orden ni concierto
 se retiran al azar
 por encontrados senderos:
 Allende va á Guanajuato
 de mal humor y violento.
 en tanto á Valladolid
 Hidalgo marcha sereno.

III

Desesperado Calleja,
 al ver de sus garras lejos
 á los héroes que soñara
 ver en cada so cruento,
 descargó toda su rabia
 en los pobres prisioneros
 que quintados allí mismo
 con entereza murieron.
 Desde entonces en la falda
 de aquellos pelados cerros
 vense en la noche vagar
 largas hileras de espectros.
 El viajero ó peregrino
 que los mira desde lejos,
 siente en su alma palpitar
 todo un mundo de recuerdos;
 y una voz que eterna vibra
 como de Dios el acento,
 le dice que los valientes
 que en ese campo cayeron
 firmaron con noble sangre
 la Independencia de México.

IX

EL DEQUELLO.

I.

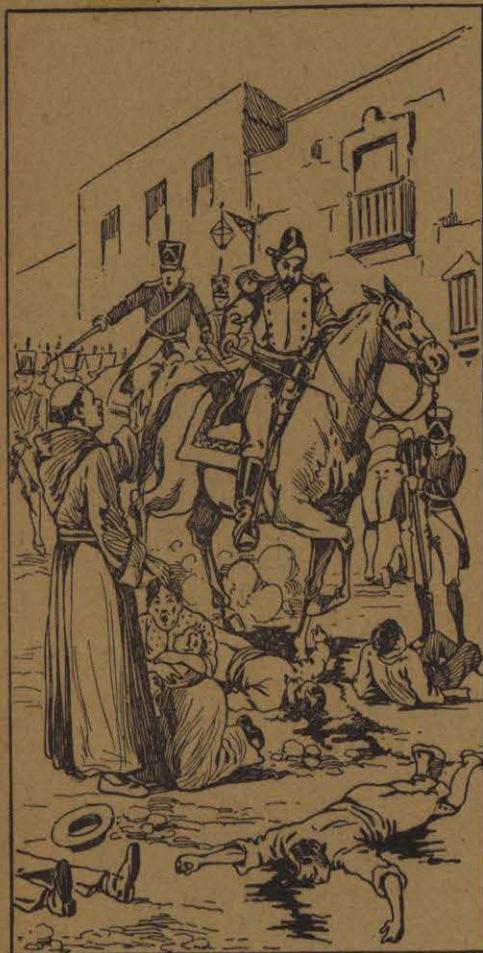
Tras las hermosas montañas
 do Guanajuato se esconde
 como sultana oriental
 entre alcázares de bronce,
 se escucha horrible el fragor
 que producen los cañones

y la ronca gritería
de indígenas y españoles.
Calleja, el feroz Calleja,
marcha seguido de un Conde, (*)
que ha jurado no dejar
del insurgente ni el nombre.
Al compás de los carines
y al toque de los tambores
la española infantería
se adueña de aquellos montes,
y la hueste americana,
sin armas ni municiones,
retrocede ante el empuje
de fuerzas tan superiores.
Los heroicos barreteros
sucumben como leones
en defensa de su patria,
de su honor y de sus dioses;
y después de horrible lucha
con su bandera en girones
se retiran poco á poco
los indianos luchadores.

II

Como hienas que hambre tienen
ó cual tigres en el bosque,
por calles y por plazuelas
se extienden los españoles.
Vibra el toque de degüello
y á sus terríficos sonos
se alzan horcas y patíbulos
con sus escenas de horrores:
mueren ancianos y niños,
lindas mujeres y jóvenes,
y de sangre los raudales
forman siniestros rumores.

(*) D. Manuel Flon, Conde de la Cadena.



Entrada de Calleja á Guanajuato

Como genios del averno
 todas las calles recorren
 Calleja, el feroz Calleja,
 siempre seguido del Conde
 que ha jurado no dejar
 del insurgente ni el nombre.
 Cuando la matanza impía
 crece en su furia y horrores,
 de un Apóstol de Señor (*)
 la voz augusta se oye:
 apostrofa á los sicarios
 y dirigiéndose al Conde
 de la Cadena, que absorto
 contemplaba al sacerdote,
 "Señor, le dice, mandad
 "que cesen ya vuestras órdenes;
 "no matéis ya más hermanos
 "entre torturas atroces.
 "Esas gentes que ahí véis
 "son inocentes, si fueran
 "criminales, vagarían
 "fugitivas en los montes:
 "yo os lo pido, os lo demando
 "por este Dios que en el último
 "día de los tiempos verá
 "lo que son vuestras acciones."
 Al influjo sacrosanto
 de la voz del sacerdote:
 cedieron en su barbarie
 los soldados españoles.
 En tanto, lúgubres sombras
 de triste y lluviosa noche,
 de la ciudad envolvían
 los palacios y las torres,
 y como ronca protesta
 de fantásticos clamores
 las campanas sacudían
 sus duras lenguas de bronce.

(*) Fray José de Jesús Belanzarán.

X

EL PUENTE DE CALDERON.

I

Unas lomas escarpadas
 cerrando el Norte y el Este;
 un riachuelo (*) tortuoso
 destrenzando su corriente
 al pie de rocas enormes,
 puntiagudas, que se yerguen
 como guardianes adustos
 de inmensos valles estériles;
 humildes chozas clavadas
 en la rojiza pendiente
 sombrada de casahuates
 garambullos y magueyes;
 pequeños hatos de cabras
 rumiando el retoño verde
 de mezquites y granjenos,
 y de huizaches hirientes;
 grandes bandadas de tordos
 cual nubes negras cerniéndose
 sobre los rastrojos secos
 que embalsaman el ambiente;
 por los estrechos huamiles
 con paso tardo las reses
 descendiendo á la cañada
 á buscar alguna fuente,
 y hacia el Sur, en la llanura,
 sobre el riachuelo que duerme
 dos pasamanos pequeños
 á ambos lados de un puente:

(*) Calderón, río pequeño que atraviesa de Sur á Norte aquellas lomas, en una extensión aproximada de tres kilómetros.—N. A.

eso era Calderón, (*)
 de Enero el día diecisiete
 de mil ochocientos once,
 al resonar prepotentes
 las descargas espantosas,
 los estallidos de muerte
 de la hispana artillería
 y cañones insurgentes.

II

Amanecía; y la aurora
 derramaba luz tan tenue,
 que los árboles del valle
 y del río los ahuehetes
 semejaban escuadrones
 de monstruos, sobre corceles
 alados como las hidras
 que los cuentos nos refieren.
 Soplaban un aire glacial
 tan áspero é inclemente
 que arrasaba la campiña
 con sus ráfagas alevés,
 y rugiendo en los barrancos
 y en las peñas retorciéndose,
 bramaba como pantera,
 silbaba como serpiente.
 De pronto, desde la cima
 de aquellas lomas agrestes,
 oyóse de los clarines
 la música enardeciente,
 y, monstruoso, dilatado,
 como el flujo que se extiende
 bañando el negro confín
 de algún ancho continente,
 un ejército surgió.

(*) Campo escogido por Allende y Abasolo para esperar á Calleja que se acercaba á Guadalajara por el rumbo del Bajío.—N. A.

masa confusa de seres,
 cubriendo montes y llanos
 con sus banderas y trenes:
 más de noventa cañones (*)
 en los riscos descubriéndose
 dorados con el fulgor
 que cabrilleaba en el Este,
 y en la cúspide sombría,
 arrogantes, imponentes,
 domando briosos caballos
 los capitanes rebeldes.

III

Más allá, tras la llanura
 que espira junto al riachuelo,
 tres columnas aparecen
 de guerrreadores iberos.
 Soberbia caballería
 déstacase protegiendo
 los flancos de aquella nube
 relampagueante de acero;
 y á su frente, diez cañones
 mortíferos y ligeros,
 caminar á vomitar
 sus cataratas de hierro.
 Son las tropas de Calleja
 que avanzan hacia los cerros

(*) La mayor parte de esa artillería fué traída de San Blas, significando su transporte uno de los episodios más bellos y conmovedores de aquella época de abnegación y patriotismo: allí el hombre, sin los recursos de la ciencia, luchó con la Naturaleza más bravía en el largo trayecto de cien leguas, cargando en hombros aquellas pesadas máquinas de guerra, y, como dice don Carlos M. Bustamante, "regando materialmente la tierra con el sudor de su cuerpo."
 —N. A.

á atacar las baterías
 del ejército insurrecto:
 Flon se arroja por la izquierda (1)
 con tal impetu y denuedo
 que logra pasar el río
 lanzando gritos guerreros.
 Abasolo (2) le recibe
 y es el choque tan sangriento
 que el campo todo se cubre
 con los heridos y muertos.
 Al frente, desde las lomas
 disparan todos los cuerpos
 que á las órdenes pelean
 de Torres (3) bravo y sereno

(1) "Calleja dispuso que don Manuel Flon, Conde de la Cadena, acometiese por la izquierda; don Manuel Emparán por la derecha y don José María Jalón por el centro; en tanto que él (Calleja) se quedaba con las reservas, para ocurrir á donde conviniera."—Dr. Mora.

(2) Abasolo recibió órdenes de Allende para que con una gruesa división se situara al pie de las lomas y disputase á los realistas el paso del Puente.—N. A.

(3) Don José Antonio Torres, el adalid que hizo ondear sobre las torres de Guadalupe el sacrosanto lábaro de la Independencia, fué ajusticiado en aquella plaza el 23 de Mayo de 1812, después de pasearlo, por escarnio, en una carreta, por las calles de la misma ciudad. Su sentencia la firmaron don Juan J. de Sousa y Viana, don Francisco Antonio de Velasco, don Manuel García de Quevedo y don Domingo María Gárate, influenciados por el odio mortal que hacia el héroe sentía el comandante militar de la Nueva Galicia, don José de la Cruz, cuya saña de tigre llegó hasta el extremo de mandar descuartizar el cadáver del mártir, clavando sus miembros venerandos en los puntos más concurridos de la ciudad.—N. A.

y su enorme batería (*)
 hace fuego tan certero
 que el Conde de la Cadena
 es rechazado y envuelto.
 Los dragones de San Luis
 y los de Puebla y Querétaro
 acuden en su defensa
 formando dos regimientos;
 pero las tropas de Torres
 á los llanos descendiendo
 los arrollan y persiguen
 hasta sus últimos puestos.
 Vuela en persona Calleja
 mandando sus Granaderos,
 el Batallón de Patriotas,
 de Frontera el Regimiento
 y de Río Verde también
 el cuerpo de Escopeteros;
 y abalanzándose al puente
 en un empuje tremendo,
 va á cruzar sus bayonetas
 con los bravos insurrectos.
 Viendo Allende ese aluvión,
 manda en el acto refuerzos
 que disputen con su sangre
 palmo á palmo aquel terreno:
 y tras de horrible luchar
 desesperado y cruento,
 Calleja abandona el Puente,

(*) Allende, que dirigió en jefe esta batalla, apoyó su defensa estableciendo tres baterías: la principal, situada en la loma que ve al Puente, se componía de 67 cañones, y la defendía el grueso del ejército á las órdenes de Torres; á la izquierda de ésta, se encontraba la segunda, con 12 cañones, á las órdenes de Aldama; y pasando el río, en una altura que se extiende de Oriente á Poniente, se hallaba la tercera, con 7 cañones, á las órdenes de Portugal.—N. A.

desesperado y corriendo. (*)
 En tanto, por la derecha,
 Jalón, que mandaba el centro,
 va en socorro de Emparán
 que se encontraba maltrecho.
 Portugal y el bravo Aldama
 pronto salen al encuentro,
 y en las rocas y declives
 bregan y luchan cual buenos.

IV.

Ya el astro de la victoria
 sus fulgores derramaba
 sobre el pendón que lucía
 la hermosa Virgen Indiana.
 cuando súbito cayó
 terrorífica granada
 sobre los carros de parque
 de las tropas mexicanas:
 un horroroso estampido
 hizo temblar la montaña,
 cual si con furia un volcán
 dentro su seno bramara;
 y en el espacio torciéndose
 gigantesca llamarada,
 el seco pasto incendió
 que en las laderas se alzaba.
 En ese instante aflictivo
 desató sus negras ráfagas
 un huracán espantoso
 que los árboles tronchaba:
 y con rigor infernal
 ondas purpúreas de llamas
 á la faz de los indios

(*) "Retíreme del Puente porque tenía delante el grueso del ejército enemigo y consideraba ventajosa su posición."—Parte de Calleja al virrey.

constantemente lanzaba.
 Calleja presto informose
 de la ayuda inesperada
 que ciega Naturaleza
 en tal apuro le daba.
 y deseando aprovechar
 tan terrible circunstancia,
 todas sus fuerzas lanzó
 contra las huestes indianas.
 Aquellas masas enormes (1)
 de gente desherrapada,
 careciendo de instrucción (2)
 de disciplina y de armas, (3)

(1) De los noventa y seis mil insurgentes que asistieron á la batalla de Calderón, no excedían de siete mil los que estaban menos que medianamente instruidos y organizados.—N. A.

(2) "En Guadalajara, en los pocos días que estuvo ocupada por Hidalgo, Abasolo se dedicó á organizar y disciplinar siete batallones de infantería, seis escuadrones de caballería y dos compañías de artilleros, que tenían por todo tres mil cuatrocientos hombres." Dr. Mora.
 "La infantería arreglada se situó tras de las baterías en otras tantas columnas cerradas: la caballería de la misma clase, se colocó en los flancos de las baterías para apoyarlas; los flecheros debajo de ellas, y en el llano que se hallaba á la izquierda quedó al mando de Hidalgo lo que podía llamarse la reserva, y que se componía de una multitud incontable de gente sin disciplina, y en la que se encontraban más de 15,000 caballos."—Dr. Mora.

(3) "No llegaban á mil quinientos, viejos y recompuestos, los fusiles de los insurgentes, por lo que procedieron á la fabricación de pequeñas granadas para lanzarlas con hondas, y cohetes enormes con flechas ó púas agudas de hierro que se debían arrojar á la caballería."—Bustamante. Cuadro Histórico.

pronto sintieron el pánico
 y, huyendo á la desbandada,
 internáronse en la selva,
 perdiéronse en la montaña.
 En vano Allende intentó
 con unas fuerzas escasas
 contener el recio empuje
 de las columnas hispanas,
 tuvo en breve que ceder
 al número y á la táctica,
 emprendiendo poco á poco
 y en orden la retirada.

V

Estupefacto Calleja
 ante el triunfo inopinado
 que la fortuna le daba
 de Calderón en los campos;
 se abstuvo de perseguir
 á aquellos hombres tan bravos
 que aún en derrota infundían
 en su espíritu el espanto:
 sólo Flon el implacable
 como tigre sanguinario
 con su escolta se arriesgó
 tras de Allende y sus soldados.
 Al comprender el caudillo
 los intentos del hispano,
 dió media vuelta y cayó
 sobre ellos como rayo:
 el Conde de la Cadena
 mordió los rojos peñascos,
 que, cual guardianes adustos,
 velaban aquellos campos;
 é iracundos los indígenas,
 su cadáver pisotearon.
 recordando la barbarie
 de aque! hombre en Guanajuato

En tanto la noche hundía
entre sus sombras arcanas,
los harapos y banderas
de la hueste americana:
y extendiendo por los vientos,
y rasgado por las balas,
magnífico y arrogante
con honor se retiraba
el pendón en que lucía
la hermosa Virgen Indiana.

XI

HIDALGO EN EL DESIERTO.

Viendo al Norte, cual marino
que zozobra entre los mares,
cruza el indiano caudillo (*)
por agrestes soledades.
Le acompaña ingente turba
con sus coches y bagajes
que asemejan de ancho río
los tumultuosos raudales.
¿Qué destino, ó quién dispuso
que en las arenas enclave

(*) Después del desastre de Calderón, reunieron los jefes insurgentes en la hacienda del "Pabellón," cerca de Zacatecas, y allí, en conferencia solemne, Hidalgo entregó á Allende el mando en jefe de las tropas revolucionarias; conviniendo, además, en dirigirse inmediatamente rumbo á los Estados Unidos del Norte, para hacerse de armamento y gestionar cerca de aquella nación el reconocimiento de la Independencia Mexicana.—N. A.

lúgubres tiendas un pueblo
que busca sus libertades?
¡La adversidad le ha negado
la victoria en los combates,
y le espera la agonía
de las noches invernales....!
Bajo un cielo siempre obscuro
de tristísimos celajes,
va á encender sus luminarias
y á levantar sus altares,
altares de peregrino,
fogatas de caminante
que se aleja á tierra ignota
á buscar sus libertades:
Por eso marchan al Norte
Hidalgo y sus capitanes
desafiando la inclemencia
de espantosas soledades;
pero un monstruo más horrendo,
y en sus iras, implacable,
les aguarda á poco andar
con ansia de devorarles.
La traición más horrorosa,
más inicua, abominable,
tuvo por teatro sombrío
aquellos tristes lugares.
Elizondo, (*) cuyo nombre
causa horror á las edades,
fué el fatídico instrumento
de manejos detestables...

¡El anciano sin mancilla,
el creador de heroicidades

(*) En las primeras horas de la mañana del 21 de Marzo de 1811, un tal Elizondo, jefe insurgente vendido al gobierno virreinal, capturó, en Acatita de Baján, á Hidalgo y demás jefes que lo acompañaban. Condujolos á Monclova y de allí á Chihuahua en donde hicieron su entrada el 25 de Abril.

allí cautivo quedó
de las tropas virreinales. . . . !
Allende, el sin par Allende,
impetuoso y arrogante
su revólver disparó
sobre el rostro del infame;
pero en vano, allí el destino,
duro y cruel, incontrastable,
señalaba el ¡hasta aquí!
de patriotas sin iguales.

XII

EL PATIBULO.

I

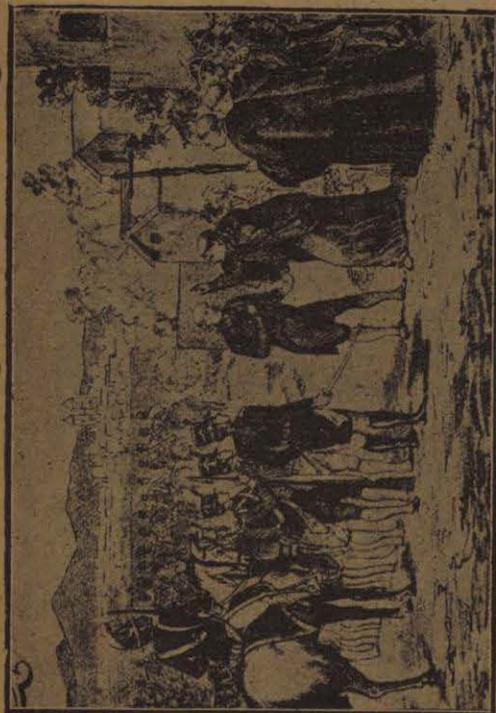
Sollozantes las campanas
de Chihuahua, allá á lo lejos
mandan sus roncós clamores,
envían sus tristes lamentos:
parecen de almas en pena
los quejidos lastimeros,
esas voces que del monte
los ecos van repitiendo.
Trémula luz matutina,
vacilante en sus reflejos,
va muriéndose en la sombra
de nubarrones espesos;
y cual cirio entre crespones,
lúgubres galas de muerto,
deja ver sobre la bruma
pálido sol sus destellos.
La neblina se hace densa,
y, su mortaja extendiendo,
ciñe cúpulas y torres,
cubre campiñas y cerros.

Las avecillas se asustan,
y en su terror, vuelan lejos,
de Chihuahua y sus jardines,
de Chihuahua y sus desiertos.
Las arboledas umbrías
callan, atentas oyendo
el doblar de las campanas
de los lejanos conventos;
y en las alas de la brisa,
y en el rumor de los céfiros
gimen los roncós clarines.
Lloran los parches guerreros.
¿Qué dice, ó qué significa
esa aflicción, ese duelo
que presenta la Natura
y se descubre en el pueblo
que cual las olas del mar,
choca en los muros espesos
de un edificio sombrío,
antiquísimo y enhiesto?
¿Qué expresa el hondo gemir
de las auras y 'os vicntos,
y esa queja dolorida
de fuentes y de arroyuelos?
¿Por qué lloran las campanas,
y por qué tocando á muerto
arrancan del corazón
desgarradores lamentos?
La justicia de los hombres
defendiendo los derechos
que la conquista otorgara
á audaces aventureros,
ha sentenciado á morir
al varón augusto, excelso,
que lograra conmover
ocho millones de siervos;
y después de torturar
su noble espíritu inmenso,
atribuyéndole viles
retractaciones y miedo

que tendían á obscurecer
de su causa lo sincero,
la Inquisición lo entregaba
á aquel terrible gobierno
que, regido por Venegas,
despótico y altanero,
había jurado verter
la sangre del insurrecto.

II

¡Vedle ya cómo camina
con el semblante risueño
de los que abrigan una alma
colosal dentro del pecho!
Su ingente calma es mentis
á los procaces arteros
que intentarían empañar
con sus embustes perversos
la eterna gloria, el valor
de Caudillo tan excelso!
¡Vedlo ya con la dulzura
del sér simpático y bueno
ofrecer á sus verdugos
un regalo, y un recuerdo;
y al escuchar del tambor
los roncós sonos guerreros,
adelantarse al lugar
del sacrificio sangriento....!
¡Vedlo, en fin, arrodillarse
tranquilo, ocupando el centro
de cuadro que parpadea
con resplandores siniestros:
su mirada es apacible
de magestuosos destellos
y se clava en el azul
inmaculado del cielo:
escucha con atención,
con cariño y en silencio
las dulces exhortaciones



Fusilamiento de Hidalgo en Chihuahua.

de sacerdote discreto.
 Y al fulgurar imponente
 la espada que ordena ¡fuego!
 se derrumba noble y digno
 sin proferir un lamento;
 sólo en sus labios palpita
 el suspiro postrimero
 que va hasta Dios demandando
 la Independencia de México.

 XIII

 APOTEOSIS.

No satisfecho el rencor
 de aquellos hombres infames
 con derramar de los héroes
 la noble y bendita sangre,
 les cortaron las cabezas,
 y, con odio de salvajes,
 dejaronlas insepultas....
 ¡desalmados! ¡miserables!
 Y para colmo de escarnio,
 de ignominia y de maldades,
 las colocaron en jaulas
 de negro hierro punzante;
 y en un castillo sombrío
 de paredones feudales,
 colgaronlas para espanto
 de venideras edades.
 ¡Hidalgo, Allende, Jiménez
 y Aldama, sublimes mártires,
 esas jaulas oprobiosas
 hánse trocado en altares,
 á cuyos pies todo un mundo
 prorrumpa en cantos triunfales

de gloria y de gratitud
 á vuestros hechos gigantes;
 y en el curso de los tiempos,
 y al volar de las edades,
 siempre os darán los poetas
 sus más hermosos cantares.....!



MORELOS

I

EL JURAMENTO DE UN HEROE.

I

Es de noche, y en las selvas
 del abrupto Veladero,
 percibense los rumores
 que al andar van produciendo
 los infantes y caballos
 de un valeroso insurrecto.

Densas nubes encapotan
 los lindes del ancho cielo,
 y sólo de cuando en cuando
 su belleza descubriendo
 la luna, la nívea luna,
 marca el angosto sendero.

Los árboles se doblegan
 con los alazos del viento;
 y en el fondo inextricable
 de matorrales y setos
 se escucha de los leopardos
 el resoplido siniestro.

Las lechuzas en las ramas
 mueven los ojos inquietos
 atisbando á los que rompen
 la eterna calma, el sosiego